

# Hoja Dominical

APROBADA Y BENDECIDA POR LOS SEÑORES OBISPOS DE COSTA RICA

AÑO  
XVIII

Redacción y Administración  
PP. Capuchinos, Cartago.

SANTORAL

5 ejemplares semanales  
C 7.00 al año.

50 ejemplares semanales  
C 1.25 cada semana.

Nº.

856

Dom. 13 † 26º Después de Pentecostés. Santos Arcadio, Pascasio y Eutiquiano, mrs.

LUNA LLENA a las 2.8 a. m.

Lun. 14 Santos Josafat, Clementino, Teodoto y Filomeno, mrs.

Mart. 15 Santa Gertrudis, vg.; Eugenio y Félix, obs.

Miérc. 16 Santos Edmundo y Euquerio, obs.; Marcelo y Eustaquio, mrs.

Juev. 17 San Gregorio, ob.; Acisclo y Victoria, mrs.

Viern. 18 La Dedicación de la Basílica de San Pedro y San Pablo, y San Román, mr.

Sáb. 19 Santa Isabel de Hungría, Crispín, ob.; y Fausto, diác.

## Domingo XXVI después de Pentecostés

Evangelio según San Mateo—Cap. XIII.

En aquel tiempo predicó Jesús a la muchedumbre esta parábola: El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza que tomó en su mano un hombre y lo sembró en su campo; el cual es a la vista menudísimo entre todas las semillas; mas en creciendo es mayor que todas las legumbres, y hácese árbol; de forma que las aves del cielo bajan y posan en sus ramas. Y añadió esta otra parábola: El reino de los cielos es semejante a la levadura que cogió una mujer y mezclóla con tres sats o celemines de harina hasta que la masa toda quedó fermentada. Todas estas cosas dijo Jesús al pueblo por parábolas, sin las cuales no solía predicarles: cumpliéndose lo que había dicho el profeta: Abriré mi boca para hablar con parábolas; publicaré cosas misteriosas que han estado ocultas desde la creación del mundo.

## Aplicación moral

No es tan fácil, ni sería propio de este lugar, querer determinar con toda exactitud los términos precisos de la comparación. Para nuestro propósito baste indicar que tanto en la imagen como en el significado de la parábola hay dos elementos: uno activo y otro pasivo. En la imagen tenemos como elemento activo el fermento, y como elemento pasivo la masa; en la realidad significada, en el reino de Dios, tenemos como elemento activo, ora sea la persona misma de Jesu-Cristo, ora sea su doctrina, o el núcleo de los apóstoles y la Iglesia primitiva, y como elemento pasivo el mundo entero por el cual se propaga el reino de Dios. Además, tanto en la imagen como en su significado son de considerar tres como tiempos o estadios: el estado inicial, en que se inicia la acción del elemento activo sobre el pasivo; el estado final, en que el elemento activo ha transformado el pasivo; y un estadio intermedio, en que la transformación se va obrando lentamente. Esto supuesto, podemos decir que la fuerza de la comparación está en que el Evangelio en su propagación por el mundo sigue una ley análoga a la secreta acción del fermento en la masa. Lo que nos interesa, pues, para entender el pensamiento del divino Maestro es conocer exactamente, si bien de un modo popular, la manera cómo obra la levadura en la masa.

Propio del fermento es obrar secretamente y como a escondidas, sin que los ojos se den cuenta de su acción. Secreta es también la acción del Evangelio. No obra con ostentación y aparato, sino

con silencio y disimulo. Lanzado en el fondo del corazón y en el secreto de la conciencia, va allí ejerciendo su acción lejos de las miradas indiscretas de los hombres. No habla a gritos, sino que se insinúa blandamente en el oído: como que no se promulgó en la cumbre del Sinaí entre rayos y truenos, sino en el monte de las bienaventuranzas, por la voz apacible del divino Maestro. Jesús, manso y humilde de Corazón, mansa y humildemente atrae a sí los corazones de los hombres.

A medida de su humildad, mansedumbre y silencio, es la intimidad y profundidad de su acción. El Evangelio, lo mismo que el fermento, no obra en la superficie, sino en lo más íntimo y profundo del ser. La acción del fermento es sustancial, toca la sustancia misma de la masa: la acción del Evangelio es radical, es vital, llega a lo más profundo de la conciencia, a lo más íntimo de la personalidad, a la raíz misma de la vida moral y espiritual: renueva y transforma el corazón del hombre. Los judíos habían reducido la religión a meras exterioridades y puro formulismo: Jesu-Cristo fundó una religión, que ante todo es religión del corazón, religión de profundas realidades, de verdades que penetran íntimamente en la inteligencia, de sentimientos que se entranan en el espíritu, de vida que absorbe toda nuestra vida. Por eso para entrar en el reino de Jesucristo, el hombre ha de nacer de nuevo: la profesión de fe cristiana con el bautismo cristiano es otro nacimiento, principio de una nueva vida.

Esta profundidad de la acción del Evangelio, lo mismo que del fermento, explica cómo esta acción, a pesar de ser tan escondida y silenciosa y de ejercerse con elementos tan exigüos, sea tan potente y avasalladora. Como también este carácter íntimo cordial, del Evangelio, explica la importancia dada en él al corazón, tomado en su sentido moral y espiritual. El hombre, renovado en lo más profundo de su corazón por Jesucristo, naturalmente busca también en Jesucristo el Corazón. Es que el Cristianismo y el Evangelio, como el fermento de la parábola, va siempre al corazón.

## El respeto a la fama del prójimo

### *Naufragio moral*

Asistimos a un naufragio de toda moralidad. No ya prácticamente, ni ocultamente, ni por pasión, sino aun teóricamente, abiertamente, y por reflexión y cálculo y a propósito, se quebrantan los preceptos más claros de la moral, y se desprecian los mismos principios y fundamentos del derecho natural.

Parece que ya no hay moral, o que moral es lo que quiere el que tiene fuerza. Ha resultado lo que siempre hemos estado diciendo: quitad a Dios y ya no hay moral, no hay más moral que lo que cada cual quiera, si puede y le dejan. O lo que es lo mismo: no hay más moral que la fuerza. En Rusia, la moral es la más simple que puede ser: Es bueno todo lo que favorece a la revolución; es malo todo lo que va contra la revolución. Y no hay más.

Esto no es deducción nuestra, es expresión categórica suya, de los bolcheviques.

Y lo de Rusia está sucediendo en todas partes más o menos, y, sobre todo, donde se hace la revolución. Nosotros lo estamos viendo: es malo lo que va contra la revolución y bueno lo que va en favor de ella. Una misma obra o conducta es buena cuando va con la revolución; mala cuando fué contra ella; fué mala cuando fué contra la revolución, es buena cuando va por ella. Así en política, en la prensa, en la enseñanza, hasta en la justicia.

Pero donde se ha pervertido el sentido moral, sobre todo, es en la caridad. Tenía que ser así. Quitado Dios sólo queda el egoísmo. Es, lo hemos dicho muchas veces, la tesis inmortal de San Agustín sobre las dos ciudades. Dos amores hacen dos ciudades: el amor de Dios, que llega hasta el desprecio de sí mismo, hace la ciudad de Dios; el amor de sí mismo, que llega hasta el desprecio de Dios, hace la ciudad del demonio. De este círculo de acero no nos libramos.

Y ya las dos ciudades han alcanzado su desarrollo. La Iglesia es la ciudad de Dios. La revolución es la ciudad del demonio, con su socialismo, comunismo, anarquismo; lo que queráis.

Está el mundo en plena ciudad del demonio, con todo su egoísmo, del cual necesariamente brotan todas las concupiscencias y todos los odios. Estamos en una civilización que desconoce las leyes del amor del prójimo, que las odia. Y por lo mismo, no reconoce ningún respeto a los derechos ajenos.

Es, tal vez, lo más horrible del estado actual de cosas, agredido, y ya más o menos invadido, por sistemas sociales que llevan consigo el odio persistente y perpetuo del que no tiene al que tiene, y la lucha permanente de todos los hombres por la presa y el botín.

Y como ya no hay caridad, lo primero en que se manifiesta esta enemistad, este odio, esta guerra, en fin, esta abdicación de la caridad y del derecho natural, es en la maledicencia, en esa maledicencia que es el fomento de todos los odios y de

todas las guerras sociales. Doloroso es decirlo: vivimos en una sociedad maleante y maldiciente, en la que ni las vidas humanas valen ya nada, ni las famas del prójimo son respetadas en nada. Es algo horrible y detestable.

Conviene mucho que fijemos nuestra atención en este punto.

### *Maledicencia impresa*

Pero la horrible calamidad de nuestros días es la maledicencia impresa y sobre todo la maledicencia periódica.

¡Oh qué horrible es esta calamidad!

El periódico es una invención magnífica, no cabe duda. Su poder de ilustración es poderoso. Todos los días hallamos en él la noticia de todo lo que acaece en el mundo, junto con un sinnúmero de nociones de cultura y de ciencia y de arte y de educación.

Más el hombre malo, que tiene la triste habilidad de aprovechar toda la potencia de los recursos humanos, lo mismo o más para el mal que para el bien, abusa enormemente del periódico y, en general, de la imprenta, para hacer daño.

Los periódicos, que si fuesen honrados, servirían para calzar constantemente la cultura y promover la buena civilización, triste es decirlo, pero hoy hacen mucho más mal que bien; destruyen mucho más que edifican, desequilibran mucho más que pacifican. Muchos periódicos no son otra cosa que una muralla detrás de la cual, tal vez, un miserable, que cuerpo a cuerpo no valdría nada, puede, amparado del papel, destruir las más sólidas reputaciones, y deshacer las instituciones más firmes, y desacreditar los nombres más acreditados.

La profesión de periodista muchísimas veces se confunde con la de un profesional de la maledicencia o del dicitario. Tal vez la más estimada habilidad del periodista consiste en descubrir los lados flacos de los hombres, las deficiencias de las personas importantes, los puntos negros de las reputaciones, los chismes y diceses de los corrillos y cafés.

Veis al cronista muchas veces que en el bar o el café suizo o húngaro, va de mesa en mesa, con el lápiz en la mano o en la memoria, picando disimuladamente y hábilmente a los maldicientes y averiguadores para cazar el chisme y aumentarlo y adobarlo y servirlo en el periódico a la noche o en la madrugada. Y llegada la hora, está ya el cuento al otro día en cien, en mil, en diez mil o cien mil hojas, leído con avidez, admirado, comentado acaso, con un ¡quién lo hubiera dicho!... o un ¡no me choca!... y la fama del ciudadano tal vez honrado, tal vez débil, tal vez ciego o imprudente, que merecía respeto y acaso veneración, anda deshecha y arrastrada por las hojas de los diarios, que es peor, como si dijéramos, que por los suelos.

Y como el estilo del maldiciente es tal vez el más fácil, porque maneja salsas siempre excitantes y apetitosas, el que lo es de inclinación, rara vez se resiste al placer de adobar una crítica, sobre todo cuando se puede amparar o tras el anonimato, o, aunque ponga su firma, tras la importancia y autoridad que siempre tiene ante el vulgo que le desconoce, un periodista que a lo mejor es un zascandil, un borracho, un individuo, o simplemente un inmoral por los cuatro costados, como pudiéramos citar muchos casos de periodistas hoy de mucho renombre, pero que son unos perfectos canallas. Que me lo perdonen los que son caballeros, los cuales saben mejor que yo que digo la verdad, y no toda.

De *El Mensajero*

## DESENGAÑOS TARDIOS

Entre las declaraciones hechas por intelectuales conspicuos a propósito de esa guerra futura que está en el aire y de la que todos hablan con un vago terror en la hora presente, destaca una del famoso Einstein arremetiendo contra los técnicos, o mejor, contra las esperanzas que algunos ponen en ellos para ahuyentar ese nublado de amenazas que se cierne en nuestro cielo.

«Es una trivialidad, ha dicho el sabio, hablar del maravilloso resurgimiento de la técnica en el transcurso de los últimos cien años. Estos inventos son tan peligrosos en manos de las actuales generaciones como una navaja de afeitar en las de un niño de tres años; en vez de liberar al hombre lo que hacen es aumentar sus preocupaciones y conducirle al hambre».

Reflexionemos sobre el símil aducido. ¿Por qué una madre se sobresalta en viendo a su párvulo ensayando por abrir con sus tiernas manecitas una navaja barbera y se la arrebatada con violencia? Nadie da en pensar que esa madre procede así por ojeriza contra las navajas; lo hace porque ve en peligro eminente de herida en ese niño, cuya razón es todavía demasiado vacilante y débil para apreciar las consecuencias del manejo de ese instrumento cortante.

Einstein ha querido darnos a entender, no que los progresos de la técnica son de aborrecer; sino que las actuales generaciones distan infinito de poseer la virtud necesaria para no cometer los mayores abusos.

No es Einstein sólo quien se expresa de esta suerte, son muchos espíritus próceres de la época. La lástima es que sea la presión del terror más bien que una convicción desinteresada lo que inspire estos juicios. ¡Triste sino de la humanidad, que de ordinario no acata la verdad por vía de aceptación voluntaria y dócil, sino marcada en las espaldas con sangre por el látigo del escarmiento!

Quien pase la vista por páginas católicas del siglo XIX aprecia el vivo contraste entre los entusiasmos febriles por el progreso científico, y la calma augusta con que la Iglesia repetía en mil formas que el progreso material divorciado del moral, no solamente carece del valor sino que se convierte fácilmente en un agente de degradación.

Iluminado por la idea católica, escribía Montalembert a mediados del siglo pasado, o sea cuando la locomotora, resollante y empenachada de humo, hacía la entrada triunfal en los campos europeos: «Se ha podido, gracias al uso del vapor, trocar todos los hábitos y condiciones de la sociedad exterior, suprimir las distancias, atravesar las montañas, transformar el comercio, abrir a la industria ilimitados horizontes. Mas no se ha suprimido una pasión, ni desvanecido un tedio, ni disciplinado una codicia, ni consolado una tristeza más que antes de este descubrimiento. El orgullo, la envidia, el dolor, todas las miserias del hombre han quedado en pie».

Con menos vuelo oratorio, pero con más rigor de método experimental, trazaba estas palabras el insigne Le Play: «Si la corrupción tiende necesariamente a invadir las sociedades a impulso de las perversas tendencias que renacen sin cesar en el seno de la humanidad, este peligro aumenta en épocas en las cuales un concurso feliz de circunstancias trae consigo un desarrollo excepcional de riqueza y de poderío».

Estos acentos son castizamente católicos. Resonaron muchas veces en el excelso altavoz del Vaticano. Los dió al viento el bronce sonoro de las encíclicas leoninas. Los vulgariza la institución cuaresmal que todos los años nos habla de represión y penitencia, velando para que el cuerpo no exagere sus derechos y no pretendamos con esta claudicación resolver en armonía el dualismo íntimo de nuestro ser, intimándonos a no dejar que la vi-

da material dé una pujanza tiránica, dejando al hombre indefenso frente a la soberanía de sus egoísmos y codicias.

En lugar de escuchar estas maternales enseñanzas, promesas de vida y de porvenir, las recibían con mofa, y se servían de ellas para acusar a la Iglesia y al Catolicismo de regresivos, de enemigos de la civilización, de grilletes del progreso. Y hoy el resultado final da, por boca de Einstein, la razón a la Iglesia: falta de ese control moral, la generación, manejando sus aviones, sus gases químicos y sus rayos invisibles, es el niño que juega con la navaja de afeitar a peligro de darse un corte fatal que, en el caso presente sería el hundimiento de la civilización.

## ¡NECESITAMOS MADRES!

Selgas escribió una frase terrible, que pareció una exageración y un cruel pesimismo: «¡Ya no hay niños!»

Hoy la frase es vulgar, sabidísima, y lo que es mucho peor, ciertísima: ¡No tenemos niños! Pero... ¿es qué tenemos madres?

Es error general creer que la madre empieza su gran misión cuando el niño empieza a entreabrirse a la luz de la inteligencia con las mismas vacilaciones, lentitud y belleza de lo nuevo con que se abren al sol los capullos.

Yo creo que el 50 por ciento del mal de la época, es producido por ese error funesto, que condenan de tal la fisiología, la experiencia, la filosofía y el sentido común: la madre lo es mucho antes que la llamen así. Todo el mundo psicológico influye de un modo casi siempre definitivo en aquél ser que dentro de un tiempo llamará su hijo, pero que ya bebe con la vida todo el pensamiento, toda la afectiva de la madre, así como va adquiriendo robustez o se va esmirriando según que el pensamiento, el afecto, la vida orgánica adquieran o no luz, rectitud, firme orden, estética, emoción, noble hidalgía. ¡Oh, vida social! ¡Neurastenia del movimiento continuo, de la agitación moral, de la pequeñez intelectual, de la serie no interrumpida de cosas pequeñas, feas, tontas, huecas!

Los primeros tres años son siempre tres años de escuela pervertida: al bebé se le enseña inductivamente que ser «monada» es gran ideal, el supremo ideal; que vengarse, devolver la injuria, aunque sea a la silla en que se golpeó, es un gran lenitivo para el dolor; que gritar muy fuerte es el gran medio de conseguir lo que se pide; que sufrir, llorar es un supremo mal que debe evitarse aún a costa de retar injustamente a un sirviente o de llamar malo a «papá»

\*\*

Si me preguntáis cómo se evita eso, os diría que no lo sé: pero si me preguntáis qué hay con esto, diré que esto produce otra adaptación inconsciente a la necesidad, al egoísmo, a la infatuación, al despotismo que unos veinte años más tarde hará desgraciado un hogar y a veces una nación.

\*\*

Si la vida de la madre fuera seria, tranquila, sencilla, natural, llena de luz, adoptando para su cuerpo todo el caudal de reposo y fuerza que da el orden, la paz y la santa austeridad del hogar, y para su alma ideales altísimos, llenando su pensamiento de ideas nobles, grandes, amplias, delicadas, una lluvia benéfica de salud física y de altura moral, irían preparando aquel ser que se forma y que vendría a la vida, al nacer, con una larga preparación a recibir lo grande, lo noble, lo digno, con exquisito sentido de ello, con innatas repugnancias a lo contrario.

¡Oh, Jesús! Reforma al mundo dándole madres!

Imp. «EL HERALDO», Cartago

SI QUIERES SER FELIZ

Si quieres ser feliz alza a los cielos  
la codiciosa vista  
Y allí hallarás la verdadera ciencia  
con letras de oro escrita.

Si quieres ser feliz jamás esperes  
en nada de esta vida,  
Que sus bienes tan caros si se logran,  
sólo duran un día.

Si quieres ser feliz, del mundo necio  
las burlas desafia,  
Y en que él mismo se juzgue tu contrario  
todo su orgullo cifra.

Si quieres ser feliz, ajenas lágrimas  
enjuga compasiva,  
Y haz de los desgraciados y los pobres  
tu segunda familia.

Si quieres ser feliz ama a Quien nunca  
ni se muda ni olvida  
A quien de Quien no habrás de separarte  
ni por la muerte misma.

AURORA LISTA

LA PROPAGANDA ANTIRRELIGIOSA EN RUSIA

El cuadro que se ha visto de las doctrinas furiosamente defendidas y propagadas por los hombres más destacados del bolchevismo, y las leyes y decretos oficiales, es verdaderamente aterrador.

Sin embargo la realidad va mucho más allá y es conveniente que lo sepan todos, pues hay incautos y ambiciosos que creen que el régimen soviético es una transformación social y política respetuosa con la religión.

La propaganda del ateísmo es una verdadera obsesión de los soviets; pero no un ateísmo respetuoso con todas las ideas, sino brutalmente acometedor y fanático, dotado y protegido con todos los medios.

Apenas se pone en pie en Rusia al bajar del tren, aturden los oídos los muchachos que venden el «Sin Dios» y «El Ateo» y otras publicaciones patrocinadas por el Gobierno que sostiene y difunde gran número de periódicos de gran circulación para la enseñanza y propaganda del ateísmo en medio de burlas y blasfemias infernales.

Son muchos los millones de libros y folletos de esta índole que como un diluvio inundan el suelo ruso y pudo verse en la exposición de la prensa celebrada hace pocos años en Alemania. El Gobierno, dueño y señor de vidas y haciendas, árbitro del trabajo, de la vivienda, de las raciones, lo es también de la prensa. La sociedad de los «sin Dios», compuesta por 250.000 afiliados, no descansa en su loca tarea ayudada y estimulada por todos los recursos del poder.

En la escuela no sólo no se enseña la religión, sino el odio a Dios y a todo lo religioso. Se han suprimido en los libros los nombres de Dios, Cristo, religión, Santos, Virgen María, etc.; se les des cristianiza, se les priva de toda educación doméstica y cívica y se les enseña en cambio doctrina y práctica de una perversión moral a los niños y jóvenes de ambos sexos que erizan los cabellos. El respeto a la decencia, dice el P. Walsh, nos impide referirlas aquí.

La perversión no se ocupa sólo de los niños; avanza en la enseñanza secundaria y culmina en la Universidad. En los libros de texto se dan explicaciones ateas de todas las cosas, falseando los hechos y la historia.

Pero el Estado ha hecho más: ha creado la Universidad de ateísmo, en que se estudian todos los problemas religiosos y científicos con explicaciones racionalistas y ateas; los medios más modernos de propaganda atea y métodos de infiltrar esas doctrinas con aparato científico en las masas. El Gobierno remunera bien a los graduados en «ateísmo», que con una actividad satánica se dedican a la propaganda atea en periódicos, folletos, conferencias, asociaciones, excursiones, filmando películas de cine, por la radio, etc.

Claro es que esta propaganda tan metódica, tan sostenida y protegida había de dar sus frutos.

JUAN DE LA CRUZ

BRAVATAS DE UN ANTICLERICAL

Muy poco le parece al Jefe del Gobierno de España lo que ha hecho hasta ahora contra la Iglesia. Dirigió un discurso a unos cuantos miles de republicanos en Santander, declarándoles a grandes rasgos el programa político que intentaba realizar en las Cortes, próximas a reanudarse. Punto principal de su programa dijo ser la aniquilación de la Iglesia

en España, y que él no descansaría hasta verlo llevado a su término. Uno cree oír a Voltaire o a Viviani al leer en la prensa las palabras de Azaña en esa ocasión: «Tenemos que destruir, decía. La revolución y la República significan la destrucción de esa cáscara de vida social que ha sido superpuesta a la roca viva española, sobre la cual nosotros queremos edificar el nuevo edificio español».

El nuevo edificio será construido a la moderna, es decir, Azaña pretende levantarlo empezando con una niñez incrédula y corrompida, pues decía él, que durante el presente régimen no permitiera que la Iglesia impartiese a los niños instrucción religiosa. La educación de la niñez deberá estar basada en la historia natural y en las ideas modernas.

Otro paso hacia el levantamiento de su nuevo edificio se propone dar el Primer Ministro en las primeras sesiones de las Cortes, pidiéndoles la estricta aplicación del artículo 26 de la Constitución por medio de una ley que disuelva todas las ordenes y congregaciones religiosas, a las que dicho artículo considera peligrosas al Estado y por consiguiente disolubles; despojando además a todos sus miembros de la facultad de dedicarse a la enseñanza. Una vez disueltas las Asociaciones religiosas, dice Azaña, el Gobierno podrá, legal y justamente, apoderarse de todas sus propiedades.

Mientras tanto siguen amordazados los órganos de la opinión católica, «El Debate» y «El Siglo Futuro», en la Capital, y cien otros diarios católicos de la nación, sin poder protestar y levantar un dique contra ese anticlericalismo del Primer Ministro. Y ante todo esto declamaba en un reciente discurso el Ministro Marcelino Domingo que «los principios básicos de la República eran: libertad y cultura».

LOS CIPRESES

Altos, severos, aterciopelados y negruscos, con las ramas cubiertas de espeso verdín y señalando al cielo, parecen los cipreses símbolos colocados para detener al hombre suplicando oración.

Cada uno de los que encontramos en el camino de la vida es un índice que implora el silencio; cada uno de los que vemos al borde del sendero, nos indican silenciosamente los caminantes que cayeron. Sus raíces abrazaron los huesos de los caídos y absorbieron sus alas hacia lo alto de sus fibras para dejarlas volar desde las altas ramas.

La silueta de los cipreses es la lápida de los pobres; es el recuerdo de los humildes; la esencia que dejó el espíritu al despedirse del mundo, haciendo revivir la materia; el sepulcro viviente de los últimos secretos de la vida. Ellos son los árboles sagrados, hijos de los últimos suspiros del hombre.

Cuando el último de ellos haya dejado de existir; cuando el mundo no sea otra cosa que un desierto; cuando el planeta ruede convertido en inmenso cementerio, sólo el ciprés recordará a los que murieron.

De entre el silencio eterno de la tierra apagada, brotará todo un bosque de árboles cenicientos, todo un bosque de cipreses, que el viento helado hará crujir eternamente...

Y su ondular será el postrer suspiro que el espíritu lanzará de entre sus cenizas. Será la oración de la tierra añorosa al despedirse de las almas.

LA ULTIMA FRUTA

Había en Santander un médico que desde sus años floridos se había entrado por los extraviaderos de la indiferencia religiosa y había llegado a militar en las filas enemigas de la Iglesia; ya viejo vino a convertirse por intercesión de la Santísima Virgen. Con la mayor ingenuidad decía a sus amigos:

«Mi madre era la priosta de la hermandad de la Merced en Bogotá. Ella me enseñó a ser devoto de la Virgen y aun me hizo poner el escapulario blanco.. no volver a beberme un solo trago; se lo he cumplido y se lo cumplo».

El célebre galeno guardó fielmente su voto a Nuestra Señora, y ella le pagó en moneda celestial, pues corriendo el tiempo le sobrevino al doctor la enfermedad de la muerte. Cuando se vió tendido en el lecho pedía el auxilio de la Virgen María, y he aquí que empezó a sentir en su corazón aquella gracia divina que impulsa a los moribundos a reconciliarse con Dios y a preparar cristianamente el viaje de la eternidad. Pidió luego los sacramentos, y después de recibirlos, lleno de una alegría rara y no sentida desde hacía mucho tiempo, exclamaba: «Me confesé! Recibí a mi Dios!»

Era la última fruta de aquel árbol que nació cristiano.

No hay persona que no sienta la alegría de Dios cuando recibe los sacramentos, sobre todo en la hora solemne, en la hora decisiva. Napoleón dijo también cuando recibió los últimos sacramentos:

«La mayor satisfacción que he sentido en mi vida es la de haber cumplido con estos deberes».